



¿A quién dirigía Jesús sus oraciones?

por Dionisio Byler

He leído hace poco una opinión de que Jesús, cuando oraba, esencialmente se hablaba a sí mismo. Aunque se dirigía a alguien que él denominaba «Padre», en realidad, por cuanto él mismo era Dios («Yo y el Padre uno somos» [Jn 10,30]), el único sentido que podía tener para él la oración, era el de hablar solo.

Desde luego, no soy yo quién para ponerme ahora a desentrañar, por fin, los secretos de la Santísima Trinidad que han tenido ocupados (y perplejos) a teólogos importantes que seguro que a mí me darían mil vueltas en sus razonamientos. Sólo me interesa —de hecho me picó el interés y me ha dejado meditabundo— en la medida que descubrir qué es lo que hacía Jesús cuando oraba, me pueda ayudar a mí a saber qué es lo que hago cuando oro yo.

Y en cuanto a mis oraciones, cualquier observador imparcial que no compartiera mis sentimientos religiosos, al escucharme orar, tendría que llegar a la conclusión de que, efectivamente, hago como que hablo pero no hay nada ni nadie visible a quien me dirijo —y por tanto parecería estar hablando solo o hablándome a mí mismo. Desde luego si yo tuviera la imagen de una Virgen o un santo a quien dirigirme, o sencillamente si orase frente a un crucifijo, estaría claro que si no a «alguien», por lo menos a «algo» —la estatua o crucifijo— me estaba dirigiendo. Podría parecer un iluso, incluso un loco, por dirigirme a una estatua como si fuese una perso-



Jesús orando en Getsemaní [www.christian-wallpaper.com]

na, pero no parecería ser la misma locura de quien habla solo, consigo mismo.

Por cierto si escribo estas cosas, no es porque me crea que a nadie en particular le puedan interesar mis oraciones; pero si acaso quien lee también se pregunta qué es lo que hace al «hablar solo» —consigo mismo— en oración, entonces quizá podamos avanzar los dos algunos pasitos juntos, como hermanos.

El creador habla solo

Volveremos a Jesús —incluso también a mí y mis oraciones, y a ti y las tuyas— pero habría que empezar por observar que en Génesis 1 Dios ya hablaba solo, es decir, «se oraba» a sí mismo. Cuando dijo «Sea la luz» no era un mandamiento. No existía nadie a quien mandar, ni capaz de obedecerle. Ni siquiera la propia luz, que sólo existe a continuación. Desde que en la fe cristiana (y en la judía y musulmana) creemos que sólo hay un único Dios, él tampoco se dirigía entonces a ningún otro ser divino. Por ejemplo una esposa de Dios con quien pudiese

«procrear» biológicamente el mundo material, como sucedía en los mitos de algunos paganos. Parecería, entonces, ser una idea que aparece en su divina mente y a la que da voz no para que nadie le oiga ni como un acto de comunicación, sino sencillamente para expresarse a sí mismo la firmeza de su resolución: «¡Ala, ea, venga, que ahora —esta vez sí— voy a hacer que haya luz!»

Más adelante Dios hablará con Adán y Eva, con Caín, Noé, Abraham, Jacob, Moisés y los profetas. Hay algunos libros del Antiguo Testamento donde Dios se ha vuelto muy parlanchín y no deja de inventarse constantemente nuevas disposiciones que mandar, contándoselas a Moisés de a discursos de cuarenta días y cuarenta noches. Los seres humanos también hablan con él. O lo que es mucho más frecuente, claman a él o le invocan. No es lo mismo. Quien clama a Dios o le invoca espera que Dios haga algo, que intervenga en la situación; pero realmente no está esperando que Dios se ponga a charlar con ella.

También en este número:

<i>La madurez (7):</i> Humildad	4
Dos oraciones de Hans de Ries	6
Noticias de nuestras iglesias	7
<i>Diccionario:</i> Iglesia	8

Mis oraciones en silencio son pensamientos y meditación dirigidas a «otro», a «alguien» fuera de mi propio cerebro. Pero esto es lo que creo yo; no es algo que ningún observador fuera a poder saber o reconocer si me estuviera viendo.

Orar para «edificar»

Algunas de nuestras oraciones ni siquiera están dirigidas realmente al propio Dios, sino a otros. «Oramos a Dios» para «edificar» e infundir ánimos a las personas humanas que nos oyen. Incluso para convencerlas, con el especial fervor o intensidad de nuestras palabras o tono de voz, hasta que alcancen un nivel superior de fe o convencimiento.

Con Jesús, curiosamente, a veces pasaba esto mismo. Algunas de sus oraciones que le escucharon sus discípulos parecen dirigirse sólo formalmente al Padre; en el fondo, es otra forma de hablarles a ellos. Una manera mucho más formal y rimbombante, sin lugar a dudas, pero en el fondo habla para «edificar» o instruir a sus discípulos y da igual que el Padre ya sepa lo que está pensando antes que él lo diga (porque «Yo y el Padre uno somos»). El caso más claro es el pequeño discurso/oración que suelta antes de resucitar a Lázaro: «Padre, te doy gracias por escucharme. Yo ya sabía que siempre me escuchas; sin embargo te lo he dicho por causa de esta gente que me rodea, para que sean fieles porque tú me has enviado» (Jn 11,41-42).

Por muy dormidos que parecieran haberse quedado los doce mientras Jesús oraba en el Getsemaní antes de su arresto, está claro que alguno de ellos prestó atención a lo que él decía —y se fijó que siempre venía a repetir más o menos las mismas cosas. ¡Que si no, no nos lo podrían contar los evangelios! Cuando Jesús dice, entonces: «Pero en fin, no quites de mí esta copa, ya que para esto he venido

al mundo», cabe imaginar que a quien realmente interesaba informar para qué había venido al mundo, era a los discípulos, que no al Padre.

Noches enteras orando

Jesús se pasaba noches enteras en oración. En esas ocasiones Jesús parece fundirse en una sola cosa con el Padre; y puesto que solía hacerlo a solas no sabemos qué es lo que decía, como lo decía, a quién se dirigía... o si acaso sencillamente se estuvo pensando un rato hasta quedarse dormido. Digo que en esas ocasiones parece fundirse en una sola cosa con el Padre, en cualquier caso, pensando especialmente en la vez que después de pasarse la noche orando a solas, y antes del amanecer, se le aparece a los discípulos muertos de miedo en la barca, andando sobre el agua en plena tempestad.

Si hay alguien en la historia bíblica que tiene poder sobre el peligro que suponen las tempestades marinas, ese es precisamente Dios. Desde que separó con su soplo las aguas de arriba y las de abajo para crear en medio de ellas la tierra firme; desde que separó con su soplo las aguas del Mar Rojo y también las del río Jordán para que pasasen en seco los Israelitas; desde que rescató a Jonás del fondo de la mar, su dominio sobre las aguas es absoluto. Ningún ser humano ha sido capaz jamás de andar sobre las aguas;

y si ahora lo hace Jesús, es sólo porque él y el Padre uno son. Y si el hombre Jesús anda ahora sobre las aguas, tal vez sea que por esa comunión con el Padre que expresa en el acto de pasarse horas hablando consigo mismo, se le pega a éste su cuerpo mortal su propia esencia divina que le es propia como Dios Creador y dominador de las aguas.

Ahora bien, todo esto sería pura especulación de lo más disparatada e inútil, si no fuera por la esperanza de descubrir qué es lo que hago yo cuando oro, con quién hablo y qué es lo que sucede como resultado de ese «hablar con Dios».

¿Con quién hablamos?

Visto desde fuera, insisto, nada indicaría que esté hablando con otro que conmigo mismo. Quien conociera las costumbres de la gente religiosa, seguramente reconocería el acto de devoción que supone hacer un examen de mi vida ante Dios y clamar a él o interceder para que haga bien a terceras personas. Seguramente hasta identificaría los verbos «orar» o «rezar» para describir lo que estoy haciendo. Pero no deja de ser igualmente obvio que estoy hablando solo; y sólo para mis propios oídos. De hecho, esto es tan así, que es igual o más habitual en mí, dejar de lado la formalidad de articular palabras con la voz y la boca, dejándolo en sólo pen-



Sin embargo, observo cierta similitud con las oraciones de Jesús. Esa comunión con el Padre resulta ser a la vez, inseparablemente, una comunión con mi propio interior. Es un abrirme enteramente al hecho de mi existencia como quien soy, propiamente, en tanto que hijo de Dios.

samientos o incluso meditación sin palabras. Bien es cierto que pensamientos y meditación dirigidas a «otro», a «alguien» fuera de mi propio cerebro. Pero esto es lo que creo yo; no es algo que ningún observador vaya a poder saber o reconocer si me observa orar en silencio. (Aunque tal vez ciertas posiciones de mi cuerpo:

los ojos cerrados, las manos elevadas, el rostro alzado hacia el cielo y una sonrisa suave o expresión de hondo relajamiento... sin duda indicarían que estoy pensando o meditando de una forma *especial*.)

Desde luego yo —Dionisio— y el Padre, está más que claro que ¡NO somos uno! Observo cierta similitud con las oraciones de Jesús, sin embargo. Esa comunión con el Padre resulta ser a la vez, inseparablemente, una comunión con mi propio interior. Es un abrirme enteramente al hecho de mi existencia como quien soy, propiamente, en tanto que hijo de Dios. Y al hacer esto «en oración», descubro que se me pega un «no sé qué» de poder divino y potencialidad divina, acercada a mi humilde existencia humana. ¡Pasan cosas! Pasan cosas en mi interior, que se me ajusta y se me arregla de mis angustias y ansiedades personales. Pasan cosas en la gente a mi alrededor. Nunca he andado sobre el agua —ni siquiera me lo he propuesto. Pero sí me han pasado o he hecho otras cosas inexplicables,

demasiado perfectas para atribuir las a pura coincidencia o casualidad. No las contaré aquí porque no me interesa ningún protagonismo. Lo que sospecho es que tú también, que lees estos renglones, has vivido «coincidencias» o «casualidades» demasiado perfectas como para no quedarse pensando. Y que a ti también, como a mí, no se te ocurre otra explicación que la presencia de ese «no sé qué» que procede de la comunión con el Padre.

No, no somos lo mismo que el Padre. Pero el Hijo, por la potestad del Padre, ha derramado en nosotros su Santo Espíritu. Y cuando nos abrimos en oración a las profundidades más hondas de nuestro interior —¡Oh sorpresa!— descubrimos que allí vive el Espíritu del Todopoderoso, que late con cada latido de nuestros corazones y respira con cada inhalación y exhalación de nuestros pulmones.

El aspirante a discípulo (5)

por Marco Antonio Manjón Martínez

El proceso de acercamiento a Jesús

El tercer paso: El compromiso inteligente

La realidad de discípulo de Jesús es una vocación para ser vivida aquí, en este mundo, y necesita una decisión libre, muy meditada. Tiene que ver mucho con un proceso de pensamiento consciente e inteligente.

Aceptar «ser discípulo» significa dar un paso hacia el cambio, a que pueda operar el milagro en nuestro interior. Significa cuestionar nuestro concepto de vida para someterla a la transformación del aprendizaje, del discipulado, mediante una elección intelectual.

Este paso de compromiso se da. Para que sea duradero se afirma con la inteligencia, en la frialdad del desierto emocional, no desde la emoción de un momento de avivamiento. Requiere tiempo, porque es un proceso conti-

nua repleto de experiencias, de buenos y malos momentos. Es solamente después de los momentos buenos y malos, una vez que se ha entendido la profundidad del mensaje y el camino que le marca el Maestro —de forma consciente, inteligente y fría— que la persona puede afianzarse en el compromiso que le marcará como discípulo.

Es en este momento, con este paso de compromiso, cuando el discípulo asume, a su vez, un compromiso de fe: Creer que algo que no ve a su alrededor, que, prácticamente, no se da ni se vive en las estructuras sociales y en las relaciones humanas que le rodean, puede ser posible porque es el planteamiento que el Maestro le enseña. El discípulo ha de creer, ha de visionar en su cabeza esa realidad, ese estilo de vida para el ser humano, esa dimensión del Reino de Dios, del Pueblo de Dios. Y ha de aceptar que una

realidad social con las connotaciones que describe Jesús y que ya venían reclamando los profetas, es posible para ser vivida aquí, en este planeta, en esta sociedad humana, con una dimensión extraestatal, por encima de las limitaciones de los círculos del poder sociopolítico.

El discipulado no consiste en aceptar lo que otro te dice sin más ni más, porque simplemente crees en él. Lleva implícita una aptitud de la propia voluntad y de la propia inteligencia. Significa entender lo que está pasando, aceptarlo y elegir vivirlo. El discípulo es protagonista de sus acciones, las que le ha marcado el maestro, porque las entiende y libremente lo acepta e interioriza. El discipulado funciona desde la libertad y desde la completa autonomía personal de cada uno, tanto la del discípulo como la del maestro.

La madurez cristiana (7)

La maduración pasa por el camino de la humildad

por José Luis Suárez

Cuando me propuse empezar esta serie de estudios, no sabía muy bien donde me llevaría y ni aún ahora lo sé. Porque este pequeño proyecto es como la vida misma, ya que podemos hacer muchos planes pero luego llegan acontecimientos imprevistos que cambian todo lo que habíamos planeado. Así es la vida del ser humano y así es el proceso de la maduración y de todo proyecto que hacemos en la vida. A medida que he venido reflexionando y observando mis vivencias sobre este tema, he ido descubriendo ciertas realidades sobre las que me gustaría seguir escribiendo en esta serie de artículos. El tema de la humildad es uno de ellos.

Por ello, este estudio que presento ahora tendrá una primera parte, que será una reflexión bíblica, para presentar en el próximo número de *El Mensajero* la segunda parte, en la cual intentaré relacionar la parte bíblica de la humildad con la maduración.

A estas alturas de esta serie de estudios, al tiempo que quiero estar abierto a las sorpresas, a la inspiración divina, deseo mantener el hilo conductor con el que empecé y que recuerdo a mis lectores: Cada vez me atrevo menos a hablar, o escribir de aquello que no forma parte de mis

En estos momentos, cuando me pongo a escribir sobre la humildad, observo que es una de las realidades en mi vida con la que más vengo luchando y que tendré que luchar toda la vida.

propias vivencias, incluso de mis creencias cuando ellas no forman parte de mi vivir diario, ya que considero que la cabeza no es un buen lugar para vivir. Aunque no deja por ello de ser importante y en muchos momentos necesario.

Uso en mi vida el intelecto, pero sé muy bien que entender no es lo mismo que saber, y que la comprensión intelectual no es lo mismo que la realización, como no es lo mismo la fe de la razón y la fe de la vida que vivimos en el día a día. Aunque también afirmo que la vivencia sin la reflexión, o el caminar por la vida sin mapas de referencia, nos puede llevar a cualquier sitio menos al que queríamos llegar. Así mismo, si tenemos un mapa pero no recorremos el camino, tampoco llegamos a ninguna parte.

En estos momentos, cuando me pongo a escribir sobre la humildad, observo que es una de las realidades en mi vida con la que más vengo luchando y que tendré que luchar toda

la vida. Por lo que este artículo es el reflejo de mis propias reflexiones, vivencias, inquietudes, fracasos, transformaciones y esperanzas. También he observado en mi propia vida (como en la de otros) que cuando en lugar de ser humilde soy prepotente, altivo, soberbio, engreído y orgulloso... puedo hacer daño a los demás; y con estas actitudes algunas personas se alejan de mí.

Reflexión bíblica

El punto de referencia en cuanto a la humildad así como en todo lo que concierne la vida cristiana, no es otro que la vida y la enseñanza de Jesús. A modo de presentación para este estudio, dejo algunas de las muchas claves bíblicas y breves comentarios en cuanto al tema.

La vida de Jesús (Salvador, Maestro, Rey, Profeta, Señor, etc.), refleja la imagen del Mesías que vislumbran los profetas del Antiguo Testamento. El profeta Zacarías habla del Rey que vendría con humildad y montado en un asno (Zacarías 9,9).

Jesús se presenta ante sus contemporáneos como el manso y humilde de corazón (Mateo 11,28).

Los apóstoles que recogieron el testigo de lo que vivió y enseñó Jesús, tomaron la humildad como parte de su seguimiento a Jesús así como de su enseñanza.

El apóstol Pablo presenta a Jesús en la carta a los Filipenses (2,5-8) como el Señor del universo que pierde todos sus derechos y se humilla hasta la muerte en la cruz.

El libro del Apocalipsis nos narra como al final de los tiempos, el Señor



Agnus Dei - Cordero de Dios — Zurbarán, siglo XVII (Museo del Prado)

de la historia es al tiempo el Cordero inmolado, manso y humilde de corazón.

A lo largo del Nuevo Testamento, Jesús invita a sus seguidores a tomarlo como referencia para la vida. En su programa de lo que debe caracterizar la vida del Reino, la humildad aparece como un signo distintivo de la vida de todo cristiano (Mateo 5,3).

Jesús propone como norma de vida a sus seguidores: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón» (Mateo 11,28). Al tiempo que Jesús invita a sus seguidores a ser humildes, denuncia los signos de poder sobre los demás (lo opuesto a la humildad) en los líderes de su tiempo.

El mismo apóstol Pablo antes de presentar a Jesús como el Rey humilde, dice a sus lectores: «Haya, pues en vosotros esta actitud que hubo también en Cristo Jesús» (Filipenses 2,5); y en la carta a los Gálatas nos presenta la humildad como una de las características de la vida cristiana (Gálatas 5,23).

La propuesta bíblica en cuanto a la humildad apunta a que es un signo de la salvación y de la nueva vida en Cristo. La humildad no se debe únicamente a un comportamiento dependiente de la voluntad humana ni tampoco al carácter o temperamento de una persona, sino a la obra del Espíritu Santo.

Juan Driver, en su libro *Militantes para un mundo nuevo*, habla de «Bienaventurados los humildes», y nos dice: «Esta visión es demasiado revolucionaria para que fuese aceptada por la iglesia a través de su historia. Si realmente captáramos esta visión, cambiaría nuestra escala de valores, nuestro estilo de vida e incluso (por qué no decirlo) una buena parte de nuestra vida y actividad eclesial. La persona humilde no es una persona apocada, ni que le falta espíritu para actuar».

El deseo de poder y mando sobre otros ha sido (y sigue siendo) la gran tentación del pueblo de Dios a través



de la historia. Sugiero que la humildad sea una manera de ser, de vivir, de relacionarse con Dios, con uno mismo y con los demás. La humildad nos pone en guardia contra la arrogancia, la altivez y el orgullo y nos recuerda en última instancia que Dios está al lado de los humildes, los ensalza y hace caer a los poderosos de su trono.

Para poder ir más lejos

¿Puede el poder, como dominación sobre los demás, ir de la mano con la humildad?

El teólogo José María Castillo en su libro *El reino de Dios*, cuando habla de poder y religión, enumera algunos de los signos del poder de los líderes religiosos:

1. Vestirse de manera distinta y por supuesto más solemne que el resto de los mortales (Marcos 12,38).
2. Ser reverenciados en lugares públicos. Ser los primeros a los que había que saludar en los sitios más frecuentados por el pueblo (Marcos 12,38).
3. Ponerse en los primeros puestos, fuera en las sinagogas o banquetes. Sentarse en los lugares reservados para personalidades distinguidas.
4. Hacer todo para dar la impresión de ser personas intachables. Según Mateo 23,5, esto lo hacían para llamar la atención.

Antonio González en su libro *Reinado de Dios e Imperio*. nos habla del pueblo del Cordero y nos recuerda que el reinado de Dios a diferencia de los imperios mundiales no se caracteriza por la dominación; y que las comunidades cristianas son las primicias de la nueva humanidad, donde la dominación de unos seres humanos por otros ha desaparecido.

Me atrevo a afirmar que esta propuesta de Antonio González, solo se puede vivir con la gracia de Dios y desde la humildad.

Algunos textos bíblicos que nos hablan de la humildad

Mateo 20,20-28 y 21,1-11

Marcos 9,33-37

Lucas 14,7-14; 18,9-13

Juan 13,1-16

«El mayor don que podemos otorgarnos unos a otros es nuestra propia vulnerabilidad» M. Scott Peck.

«Cuanto más grande es la isla del conocimiento, más larga es la costa del misterio» (Huston Smith).

La propuesta bíblica en cuanto a la humildad apunta a que es un signo de la salvación y de la nueva vida en Cristo.

Dos oraciones del belga Hans de Ries, líder importante entre los menonitas neerlandeses. Nació en 1553 y murió en 1638. Sus plegarias pidiendo protección, indican los peligros de la *Inquisición* especialmente en Amberes donde en 1577, con sólo 21 años de vida, su amado amigo Hans Bret (con cuya madre viuda, de Ries se casaría) murió en la hoguera. El tornillo utilizado para sujetarle la lengua para que no testificara durante su martirio, se encontró entre las cenizas y lo conservan hasta hoy los menonitas de Ámsterdam. [De la traducción al inglés que se halla en Cornelius J. Dyck, *Spiritual Life in Anabaptism* (Scottsdale y Waterloo: Herald Press, 1995), pp. 212-3; tr. D.B.]

Oración vespertina

Nuestro Padre Dios, protector de las almas creyentes, quien ha ordenado el día para trabajar y la noche para descansar, conforme a tu divina voluntad guárdanos seguros esta noche del príncipe de las tinieblas y de la muerte. O Dios de la luz y de la vida, concédenos la gracia de que durante el descanso de nuestros cuerpos, el alma permanezca despierta ante ti, te anhele, y que tú nos la guardes de todo mal. Aligera nuestras cargas y llévate de nosotros todo pensamiento impuro y todo fracaso interior, para que nuestra conciencia pueda también descansar verdaderamente en paz. Guárdanos de toda pesadilla y tonta imaginación mientras dormimos.

O Señor de Israel, que jamás dormitas ni duermes, protégenos bajo la sombra de tus alas de los ataques de nuestros enemigos. Por encima de todo, Señor y Padre de toda gracia, perdónanos nuestros pecados y maldades

que hemos cometido este día y todos los días de nuestras vidas, a sabiendas o por ignorancia, por la Pasión y los méritos de tu Hijo único, nuestro Señor Jesucristo. Cúbrelos por tu inmensa misericordia así como cubres la tierra con manto de oscuridad, para que podamos dormir bien y despertar mañana por tu gracia, para prestarte una más perfecta alabanza de tu majestad y obediencia de tu voluntad, conforme a tu agrado.

O Señor, por cuanto no hay ni un minuto ni una hora de seguridad en esta vida, te rogamos que ilumines de tal modo nuestra alma, que su fe jamás sufra destrucción para que, cuando llegue el último atardecer de nuestra vida, cuando nuestro cuerpo afronta el paso último, despertemos tan sólo al sonar de la trompeta del arcángel, para descansar plenamente en ti, encomendando a tus manos nuestra alma, y nuestro cuerpo a aguardar una



resurrección gloriosa en el día final. Honor y gloria eterna sean a Cristo nuestro Señor, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo desde la eternidad y hasta la eternidad.

Amén.

Oración para una «noche oscura del alma»

Señor Jesucristo, única esperanza, salvación, victoria y gloria segura de los mortales; tú que viniste en la carne por nosotros, que fuiste tentado por Satán; único vencedor tú del pecado, la muerte, el mundo y el diablo con su reino del infierno; tú que hiciste todo esto por nuestro bien y que no quieres que los tuyos tengamos que volver a enfrentarnos a esas fuerzas, sino que nos quieras dar tu corona gloriosa; y al enemigo que derrotaste, la destrucción:

Te ruego, león victorioso de la tribu de Judá, fortaléceme y dame—siervo tuyo— poder contra el león maligno que anda buscando a quién devorar. Tu serpiente curadora alzada en alto me haga sabio, en mi debilidad, contra los ardides de la serpiente astuta [Nm 21,9]. Tú, Cordero puro, vencedor contra la tiranía de Satanás,

dame —oveja tuya— la fuerza de tu espíritu para que aunque soy débil en mí mismo, sea fuerte en ti y pueda prevalecer ante todos los ataques del diablo, para que él no triunfe en victoria sobre mí: para que yo alabe tu victoria y misericordia que nunca abandona a los que en ti confían, tú que vives y reinas para siempre con Dios el Padre y con el Espíritu Santo.

Amén.

Noticias de nuestras iglesias

Día de voluntariado

Barcelona, 16 de octubre — Voluntarios de la Comunidad Menonita de Barcelona y de Amor Viviente, nos unimos para limpiar el terreno y las dependencias de la iglesia, que ambos grupos compartimos. Una vez terminado el trabajo, tuvimos una comida fraternal. Durante el día, experimentamos la comunión que tenemos en Cristo. —*Maribel Calderón*



Bautismos

San Sebastián de los Reyes, 17 de octubre — Este domingo tuvimos bautismos en la iglesia. Se bautizaron dos jóvenes, Samuel y Josué. Fue un tiempo muy emotivo y desafiante para otros jóvenes y adultos. —*Julián*



Diccionario de términos bíblicos y teológicos

iglesia — **1.** En el Nuevo Testamento, cada congregación o asamblea local de seguidores de Jesús. **2.** *Iglesia* es la pronunciación castellana del término griego *ekklesia*, que venía a indicar una asamblea, congregación o reunión de ciudadanos; y en el Antiguo Testamento, viene a significar «el pueblo de Dios». **3.** Con el auge de la cristiandad estatal europea, el término *iglesia* pasa a denominar el edificio donde se celebra el rito cristiano. Pero entre los anabaptistas y muchos evangélicos, no se acepta este tercer sentido del término.

1. En el Nuevo Testamento, junto con la designación como «los santos» (es decir, las personas elegidas o apartadas para servir a Dios), empieza a verse frecuentemente el plural del término griego *ekklesia* (es decir «iglesias» o «asambleas» o «congregaciones»). Esto indica que muy pronto en el movimiento cristiano, el término «iglesia» se estaba empleando para referirse a cada célula o grupo de cristianos que se reunían habitualmente en un mismo lugar.

2. La *Septuaginta*, versión griega del Antiguo Testamento que era de uso corriente entre los primeros cristianos, había traducido con el término *ekklesia*, el término hebreo *qahal*. Así se indicaba la congregación de los varones adultos en Israel, por sus doce tribus. Cada tribu estaba, a su vez, organizada en «casas», es decir linajes descendidos de un común antepasado, que normalmente era representado en la asamblea por el «padre» o «jefe» de la casa. La «congregación de Israel» era un término que podía solaparse con el de los *tsevaot*, o ejércitos de las tribus de Israel. Es decir que la misma masa social de los varones de Israel podía describirse como «congregación» de Israel en determinados actos litúrgicos, o como «ejército» de Israel en su función militar.

La adopción de la monarquía en tiempos de David supone un cambio importante en la organización militar de Israel. Pierde protagonismo «la congregación de Israel», a favor de un

ejército de reclutas comandados por una nobleza militar emparentada con la casa real. Para cuando se refunda la ciudad de Jerusalén bajo la soberanía persa en el siglo VI a.C., «la congregación de Israel» ya se encuentra enteramente desvinculada de ningún sentido militar y sólo se conserva el sentido de «la asamblea de los judíos que son fieles al Señor y a la Ley de Moisés». En tiempos del Nuevo Testamento, las familias nobles del territorio gobernado desde Jerusalén tenían una especie de senado, llamado «Sanedrín». En tanto, los judíos practicantes solían reunirse para sus oraciones y para el estudio de la Ley en cada lugar donde vivían, en «sinagogas» —y así hasta hoy. Sin embargo se conservó el sentido arcaico de «la congregación de Israel», como término que abarca a todos los judíos practicantes y fieles con la Ley de Moisés.

En el Nuevo Testamento este término, «congregación» (en griego *ekklesia*), se empieza a utilizar en un sentido ampliado donde se incluyen, además, aquellas personas —varones y también mujeres— que no descendían de Israel, pero que en cambio estaban dispuestas a aceptar a Jesús como el Mesías de Israel y Salvador de la humanidad.

3. En el siglo IV el emperador romano adoptó y promovió una forma del cristianismo, centrada en el clero y los sacramentos, donde se relegaba la «congregación» a un papel puramente secundario. Esta religión, que fue mayoritaria durante muchos siglos en Europa, requería para sus ritos litúrgicos, edificios dignos del Estado que la patrocinaba. Esos edificios pasaron a designarse «iglesias». Cuando una «iglesia» era especialmente monumental, se denominó también «basílica» (que en griego significa «real», «del rey»). En esos edificios también se veneraban reliquias de santos, es decir, huesos de personas muertas, a los que sus devotos atribuían poderes mágicos.

Los anabaptistas y otros muchos movimientos evangélicos posteriores,

se han debatido entre dos formas de negar que esos edificios sean «iglesia» en alguno de los dos sentidos bíblicos. Algunos han preferido seguir utilizando el término *iglesia* pero recuperando el sentido de «asamblea» o «congregación». Otros, al contrario, se han negado a utilizar el término *iglesia* en absoluto (por considerarlo irremediablemente corrompido), prefiriendo términos como *asamblea* o *congregación*. Algunos anabaptistas, por ejemplo, prohibieron a sus fieles asistir a «tabernas, prostíbulos e iglesias», al considerar que todos eran lugares donde se fomentaban actitudes y conductas igualmente impías e indignas de personas consagradas al Señor. En ningún caso se aceptaría que un edificio pueda ser auténticamente «iglesia» —puesto que ésta consiste en personas, no piedras o ladrillos.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de la AMyHCE.

www.menonitas.org